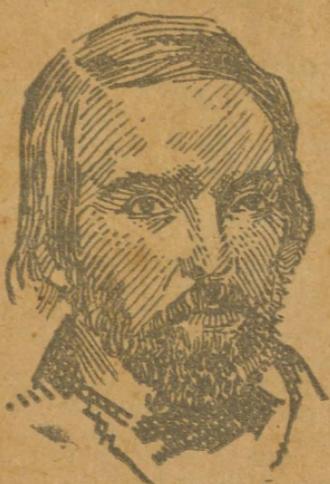


LA VIEJA
HABANA
POR _____ SOLONI



El Secreto de Milanés

DURANTE 53 años —desde su muerte hasta 1916— mantuvo la familia de José Jacinto Milanés (1814-1863) —uno de los seis grandes poetas cubanos según Menéndez Pidal— hermético secreto sobre las posibles causas de la “enfermedad espiritual” que “nubló su pensamiento, destrozó su corazón e hizo de su vida una lenta agonía que duró más de veinte años”. Dos cartas publicadas por el bibliógrafo matancero José Augusto Escoto, explicaron el suceso. El caso Milanés no había sido otra cosa que una locura de amor.

A los 18 años conoce y se enamora de una prima lejana, pobre, que cuenta 15 años, Dolores Rodríguez Vátero. Durante 10 años es su prometido. En 1838 escribe y se estrena su drama “El Conde Alarcos”. De entonces a 1843, que empieza su locura, no cesa de producir obras teatrales, artículos de crítica, cuadros de costumbres y versos. De esa época son “El Beso”, “La Madrugada”, “La fuga de la tórtola”.

Pero en 1842 se prenda de otra prima hermana, Isabel Ximeno, que sólo tiene 14 años de edad, interpretando la admiración que por él sentía la niña, a la que llevaba el doble de edad, como posible amor. Su soneto “A Isa”, publicado en “La Aurora” el 27 de noviembre de 1842, proclama su amor... La niña retrocedió asustada. Sucedió algo peor: la familia, rica, distinguida; el tío que había sido su protector, consideraron ingratitude y atrevimiento este amor infinito...

Y tras la negativa, la locura: una locura rara, casi intermitente, no bien diagnosticada todavía. Sus parientes, especialmente su hermana Carlota que le consagró juventud, felicidad y vida, trataron de detenerlo en las fronteras del horrible abismo. Le hicieron viajar por Europa y Estados Unidos en inútil busca de luz para sus eternas tinieblas mentales...

En un estado de absoluta idiotez regresó a Cuba. Todavía hubo otra ráfaga de su inteligencia en camino de extinguirse. Fue un dramático encuentro con Isa, a quien tendió los brazos suplicantes, y halló de nuevo la repulsa. En uno de sus melancólicos paseos, acompañado de su hermana que era su enfermera, en las tardes serenas y silenciosas de su bella Matanzas. La hermana le llama Pepito, Pepito, Pepe! y él la sigue, sumido de nuevo en su estupor de insania. Tras veinte años de muerte moral, el 14 de noviembre de 1863 halló en la tumba el último reposo.